

UNIDAD REVOLUCIONARIA

La Revolución a través de nuestros teóricos

La ilusión de que la salvación del pueblo, en momentos excepcionales de guerra o de convulsión, puede ser realizada por la férrea voluntad de unos pocos o de uno solo, puestos a la cabeza del gobierno y proclamados dictadores, es tan vieja como el mundo, y ha sido la ruina de todas las revoluciones. Se trata, en realidad, del espíritu autoritario que procura por todos los



medios sobreponerse con ventaja al espíritu de libertad y aprovecha, para vencer a su antagonista, aun los medios más trágicos.

De esta ilusión son víctimas hoy, los socialistas denominados maximalistas, un poco, porque en el fondo son siempre los militantes del viejo partido autoritario marxista, un poco, por la supervivencia entre ellos de las tradiciones democráticas jacobinas y sobre todo por la sugestión que ejerce en todos, comprendidos nosotros mismos, la resistencia heroica y trágica, desde hace cinco años, de la revolución rusa contra la coalición reaccionaria de todo el mundo capitalista. Bajo el estímulo de la siempre floreciente ilusión autoritaria, se quisiera confiar a una dictadura, representante de los proletarios, la dirección suprema de la revolución contra el capitalismo y contra el Estado burgués.

Hay que hacer excepción, es verdad, de algunos socialistas que aun aceptando la terminología (según nuestra opinión errónea y fuente de equívocos y confusiones), por dictadura entienden sólo y simplemente la acción violenta y revolucionaria contra la burguesía, el acto de la expropiación en sí, o ciertas formas de administración en el período revolucionario, como los Consejos obreros y las Comunas libertarias, etc. Con estos últimos, en realidad, es inútil discutir, puesto que estamos de acuerdo. Pero se trata de excepciones; ya que la gran mayoría de los socialistas que hablan de "dictadura proletaria" quieren significar (especialmente los dirigentes) —lo hemos constatado ya— una verdadera y propia dirección estatal de la revolución, una verdadera y propia forma de gobierno despótico. Y esta concepción autoritaria de la revolución es la que nosotros criticamos.

LUIGI FABBRI (en Dictadura y Revolución)

REAFIRMACION

Como anarquistas, subimos y proclamamos siempre que la Revolución ha de hacerla el pueblo mismo, la clase productora misma, desde sus organizaciones de clase y creando nuevos organismos económicos y sociales que reemplacen a las instituciones capitalistas. Hemos ido a los puestos de dirección, estamos en ellos, por ineludible deber del momento de guerra, en que de nosotros dependía la derrota o la victoria sobre el salvajismo fascista. Hemos sacrificado transitoriamente posiciones ideológicas sin renunciar jamás a nuestra finalidad y a nuestra doctrina.

Afirmamos que la solución a todos los problemas han de darla los trabajadores, porque el gobierno antifascista, por su heterogénea composición y por la naturaleza misma de la función del Estado, sólo puede afrontar los problemas de la guerra, hasta terminarla. Pero no puede imprimir desde arriba el ritmo que la Revolución sólo ha de hallar en el pueblo, en la soberana fuerza de los productores mismos.

Hemos probado en estos meses de lucha transcurridos que somos los más firmes partidarios de la unidad de todas las fuerzas antifascistas. Esta unidad es indispensable para triunfar en la guerra, y también es condición previa para que la Revolución no nos lleve a una nueva lucha armada entre los sectores que pretendan imponer sus puntos de vista sin contar con la voluntad del pueblo, desconociendo la existencia de otras fracciones revolucionarias.

Por haberlo entendido así, por haber formado criterio y tomado posición a través de experiencias que nosotros —la F. A. I. y la C. N. T.— hemos realizado después del 14 de abril de 1931, por haber seguido paso a paso las reacciones del proletariado frente a cada una de las insurrecciones revolucionarias en que intervenimos, por haber tenido presente la realidad al hacer balance de las fuerzas de una y otra tendencia en España, hemos rectificado acuerdos tomados en circunstancias distintas y propuesto la alianza de las dos centrales sindicales — C. N. T. y U. G. T. — sobre bases claramente delineadas en el último Congreso nacional de la C. N. T., realizado en Zaragoza en el mes de mayo de 1936 y en el Pleno peninsular de la F. A. I. celebrado en los primeros meses del mismo año.

No es, pues, producto de la agresión del fascismo y de la casta militar iniciada el 19 de julio, nuestra posición favorable a la unidad. Quedaron sin respuesta los ofrecimientos cordiales del anarquismo y del anarcosindicalismo ibérico, como quedó en 1933 sin respuesta la invitación a la U. G. T. para que definiere su posición revolucionaria, como condición primera para un futuro entendimiento.

Vino la guerra desencadenada por los acaecidos que la República burguesa incubaba en todos sus cuadros burocráticos y militares, a demostrar el acierto de las consignas de la F. A. I. y la C. N. T. El pacto que fraternalmente quisimos para ir a la ofensiva mediante la revolución proletaria, quedó sellado en la lucha. Lo que señalamos como urgente solución para evitar cualquier intento reaccionario, dejámo de lado un pasado reciente en que abismos de sangre y terror parecían separar para siempre a los trabajadores, sacrificando profundas rebeliones contra los partidos y los hombres que ahogaron en sangre y llenaron de carne hermana las cárceles, se convirtió en realidad después del 19 de julio. Hasta hoy han ocurrido tantos acontecimientos para demostrar el afán unificador que nos inspira, que consideramos obvia toda recapitulación sobre el particular. De sacrificio en sacrificio, el anarquismo llegó a lo máximo que se puede exigir de una corriente arraigada en el pueblo, de sus características. Basta el solo hecho de haber aceptado la intervención en la dirección de la guerra desde el Estado, al que negó y sigue negando cualidades revolucionarias, para que surja con claridad meridiana ante el mundo entero su consecuencia con una posición aceptada antes que ninguna de las restantes organizaciones sindicales y políticas antifascistas lo hiciera.

Y bien. Se hace preciso recordar las bases sobre las cuales proponíamos el pacto de las fuerzas antifascistas. Han acaecido hechos que demuestran que aquellos que fueron llevados por la guerra a una acción conjunta, pretenden desvirtuar en forma lamentable la finalidad de la alianza y atentan constantemente contra esa unidad. Se hace imprescindible recordarlo, a pesar de que la F. A. I. y la C. N. T. han probado y proclamado hasta el cansancio que a la lealtad de su gesto exigían lealtad y respeto de todos, cuando han expresado sin ambages que no era la suya táctica ingeniosa de una fuerza perdida en el caos de los acontecimientos, sino reflexiva y firme posición de una poderosa tendencia revolucionaria que recordaba perfectamente la historia y no permitiría — por la razón de su ideario y la fuerza de sus organizaciones de lucha — la repetición de dolorosas traiciones que ensangrentaron las filas anarquistas en otras revoluciones.

Es necesario recordarlo para que los que en Cataluña y en España entera se dedican ahora a desprestigiarlos, a pro-

vocaciones que pueden llevarnos a una derrota terrible de la que serían responsables únicos, sepan a qué atenerse. No puede ni debe seguir esa labor confusionista. No ha de seguir en tanto que de nosotros dependa, porque las vidas inmoladas en la guerra y los esfuerzos gigantescos realizados no pueden ser vanos. Deben llevarnos al triunfo de la Revolución social.

Nuestra unidad está condicionada a una cláusula fundamental: es revolucionaria. Demasiado nos han enseñado la República burguesa y las revoluciones precedentes, para que renunciemos a una cosa que está en nuestra sangre y en la sangre de nuestro pueblo. Todo lo daremos para que la Revolución sea el corolario de esta guerra social que libramos. Como las revoluciones a fondo no se improvisan, damos ahora mismo cuantas energías poseemos para ir la haciendo realidad en la transformación económica, en el cambio social.

El Pleno Peninsular de la F. A. I. en su acuerdo del 30 de enero "Ante el problema de la reacción", dice: "AFIRMAN QUE EL ACUERDO DE LOS PRODUCTORES ES POSIBLE EN ESTAS CONDICIONES:

EMPLEO DEL MÉTODO INSURRECCIONAL PARA LA CONQUISTA DE LA RIQUEZA SOCIAL USURPADA POR MINORÍAS PRIVILEGIADAS, Y SU ADMINISTRACIÓN POR LOS TRABAJADORES MISMOS. — IMPLANTACIÓN DE UN RÉGIMEN DE VIDA DE TRABAJO Y DE CONSUMO QUE RESPONDA A LAS NECESIDADES COMUNES DE LA POBLACIÓN Y NO CONSIENTA BAJO NINGUNA FORMA LA EXPLOTACIÓN Y LA DOMINACIÓN DEL HOMBRE POR EL HOMBRE. — LA DEFENSA DE ESTE NUEVO RÉGIMEN NO SE ENCOMENDARÁ A EJÉRCITOS PROFESIONALES NI A CUERPOS POLICÍACOS, SINO QUE HA DE ESTAR EN MANOS DE TODOS LOS TRABAJADORES, SIN QUE ÉSTOS PIERDAN EL CONTACTO CON SUS LUGARES DE TRABAJO. — EL RESPETO Y LA TOLERANCIA DE LAS DIVERSAS CONCEPCIONES SOCIALES PROLETARIAS Y REVOLUCIONARIAS Y SUS GARANTÍAS DE LIBRE ENSAYO."

Por otra parte, el pacto propuesto por la C. N. T. en mayo de 1936, hace descansar su practicidad sobre la acción revolucionaria, sobre la libre determinación de los pueblos, después de la victoria frente al capitalismo en lo que se refiere al sistema de vida — comunismo libertario o autoritario. — y en la coordinación entre las diversas regiones a efectos de asegurar la solución económica, imposible si se aislaran las diferentes regiones entre sí.

Claramente, ambas proposiciones de unidad antifascista afirman que ella es posible si se realiza para la Revolución. Sostienen que esa unidad no estará limitada a su ejercicio antes del triunfo sobre la burguesía, sino que debe seguir después, y que eso es y será posible únicamente si se respeta la libre determinación de los pueblos. La libre experimentación y la coordinación de la economía post-revolucionaria, son las fórmulas concretas que valieron ayer y que hoy deben ser aceptadas por quienes no deseen provocar nuevos desengaños al pueblo ibérico.

Estamos en momentos de transición por imperativo de la guerra. A la Revolución proletaria se han acoplado los elementos de la pequeña burguesía por factores diversos. Pero la Revolución ha de seguir su curso y los que no tienen tener que trabajar, los que comprendan que el porvenir luminoso les espera si abandonan sus egoísmos y aspiraciones de enriquecimiento, han de engrosar las filas de los productores libres. No hay términos medios. Hay, sí, un período de guerra que disminuye la velocidad de las transformaciones económicas y sociales, pero que no puede ni podrá detenerlas e impedirles.

Una sola realidad, una sola voluntad une a los que pelean contra la hecía fascista: libertad, libertad sin restricciones. ¿Quién se atreverá a oponerse a todo un pueblo que muere y trabaja incansable por ese ideal, sin que sea barrido por la justiciera acción de ese pueblo?

Unidad, sólida unidad para vencer al fascismo, camaradas. Unidad, firme unidad de todos los trabajadores para realizar la gran Revolución social.

UN MARINO ROJINEGRO DEL MEDITERRANEO

Ismael Compto, se llamaba cuando aún sus pulmones respiraban el aire vibrante de la vida. Hoy, ni sus grandes ojos contemplán el panorama azul del mar, ni sus energías pueden redoblar, como era su costumbre, contra los que



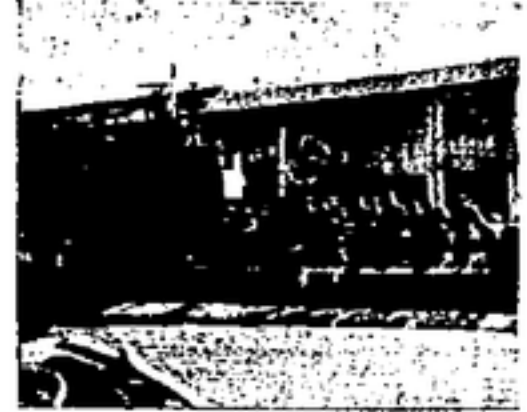
por lema tienen el saqueo y asesinato de cuerpos y conciencias. Sepultado en las profundidades del mar está, encerrado entre las insensibles paredes de hierro del submarino, que de forma extraña — demasiado extraña ya señor ministro de Marina y Aire, — ha sido heredado y hundido por torpedos fascistas. Ismael Compto se llamaba este marino rojinegro nuestro. Y porque era nuestro, es decir, del pueblo, de la libertad, hoy sin vida ya, para nosotros sigue llamándose igualmente Ismael

Compto. Pues, si bien la materia de su cuerpo ha desaparecido en lo ignoto del Mediterráneo, su espíritu, su fuerte espíritu libertario vive aún entre los que, como él, renegamos de toda tiranía.

Ismael Compto, es el prototipo de los marinos que honran la causa de la libertad. Su rebeldía, su odio a las cadenas que oprimen al pueblo productor, no es de ahora. Aunque joven, tenía su historial de lucha y amor a la justicia del pueblo. Cuando el octubre rojo de los mineros asturianos, se negó, con otros marinos, a disparar contra los revolucionarios. Su noble, su digna, su humana actitud, le valió dieciséis meses de cárcel, bajo la tétrica amenaza de muerte. Pero poco le importaba a él aquellos pétreos muros carcelarios, aquellos rígidos códigos militares. Su corazón saltaba de gozo por la satisfacción del deber cumplido. Sus ojos, de mirada penetrante, buceadora de horizontes en los encrespados mares, sabía descubrir, a través de las rejas carcelarias, el surgimiento de un Sol poderoso, resplandeciente, que ilumina, con luz de libertad, a la humanidad explotada. Y hacia ese Sol, juramentó, con la razón y el corazón, encaminar sus pasos, aunque en el camino quedase segado su vida.

Y ese día aciago ha llegado. La abominable insurrección de los militares sin entrañas, que arruina al país y lo ahoga en lago de dolor y sangre, lo sorprendió en su pequeño pueblo natal. Su espíritu revolucionario no vaciló ni un instante y empuñó el arma para defender los derechos del pueblo. Cuando vio ondear en lo más alto de la torre de la iglesia la bandera rojinegra, pareció llorar de emoción. En ella veía la simbolización de todas las justicias. Pero

nuestro marino rojinegro del Mediterráneo, encontró reducida el área de acción de aquel humilde pueblecito. Él quería medirse, cara a cara, con los criminales fascistas e inmediatamente solicitó su reingreso en la marina de guerra. Los días pasaban y no recibía contestación. Se consumía en desesperada espera. No pudo aguantar más y marchó a Barcelona a alistarse en una co-



lumna confederal. Ya que no podía luchar por mar, lo haría por tierra. Lo primordial era destruir al fascismo.

A punto estaba de partir para el frente, cuando recibió la orden de incorporación a la base de Cartagena. Aquello fué su máxima alegría. Otra vez hacia su mar querido. ¡Ahora sí que dispararía el cañón! Pero no contra los obreros, sino contra los que asesinan a los obreros.

Y partió hacia el lugar de batalla. satisfecho, lleno de confianza en sí mismo. Pero, en su interior, seguramente tenía la convicción de que caminaba hacia la muerte. Hacía esa muerte sublime que conduce a la vida de la libertad. Por eso marchaba sonriente...

JEREMÍAS ROIG

LA HORA DE LA SOCIALIZACION

Ha sonado la hora de la socialización. La primera fase de la revolución que se vive, consiste en el establecimiento de los Comités de Control, que han sido su expresión y su organismo funcional; pero es imprescindible completarlo con un paso decisivo: es la socialización integral.

Esto debe hacerse sobre la base de los Sindicatos, los cuales deben tomar en mano cuanto antes la dirección de la producción. Talleres y fábricas deben ser controlados por la organización sindical, que eliminará definitivamente la explotación patronal.

De lo contrario, ésta cobraría en breve un vigor renovado.

La palabra de orden de todos los trabajadores, cualquiera que sea su filiación ideológica, debe ser una sola: la producción en manos de los trabajadores por medio de sus organizaciones de clase.

(De Solidaridad Obrera)

NAZILANDIA dominio de Franco...

De "Le Journal" de París, sacamos parte de una crónica de uno de sus corresponsales en Salamanca, sede del cuartel general de los fascistas que se han puesto el taparrabos del "nacionalismo", para cubrir su miserable venta a Hitler y a Mussolini:

"Dos divisiones de infantería alemana se han instalado en Castilla. Es una infantería organizada mecánicamente para marchar a 70 kilómetros por hora, transportar a igual velocidad sus cañones, hacerse preceder de incontables motocicletas de exploración, y transmitir en seguida por telegrafía la noticia de sus victorias. No es una imagen retórica la alusión al ruido de las botas alemanas en las calles de Salamanca o de Ávila. Es perceptible. Los pasos de la "Legión Condor" resuenan sobre la Plaza mayor y hasta en lo más hondo de las callejuelas empedradas de la parte vieja de la ciudad. La Plaza que se extiende al final de la Avenida de la Estación se ha transformado en un autódromo. Hay camiones-tanques, camiones de seis ruedas, coches de transmisión, torpedos blindados, motos de modelo nuevo, todo disimulado bajo los colores del horizonte de Madrid, con franjas grises y amarillas.

"Llenos de despecho por la mala acogida de las mujeres, a quienes pretendieron conquistar con galanteos groseros, estos lansquenets vestidos de kaki se consuelan del fracaso amoroso ante una cerveza mediocre o delante del circo foráneo instalado en la puerta monumental de Ávila."

Franco, tiene alma de lacayo y como tal procede. A los crimenes proyectados por su calenturienta sesera, a la vergüenza de su traición, agrega el cinismo estúpido de su "nacionalismo" cien por ciento. Con armas y hombres del criminal Hitler piensa conseguir lo que sus generales y mercenarios africanos, lo que sus falangistas y requetés retrógrados no han podido contra un pueblo en armas por su libertad.

Madrid y los demás frentes demuestran que está en un error. Las banderas nazis nada podrán, porque con dientes y uñas, con el pecho puesto junto al pecho, si fuera necesario, nuestras hambres y nuestras mujeres han de poner dique a sus siniestras intenciones. Y hoy empuñan armas, y hoy tenemos algo más que los puños y los dientes. Nazilandia; así podremos llamar a los "dominios" del más vil de los españoles. Conquista y obra digna del fracasado verdugo Franco...